

Cinco poemas

Lo inmortal

Salir de casa una mañana fresca
Y navegando con el rostro al aire
Como una alegre proa levantada
Que azota la marea más despierta
Saber de pronto que surcamos
La verdad desarmante
La limpia herida rauda de la dicha

Y no es que hayamos desgarrado
Con ademán grandioso
Las tercas ligaduras de las ropas
Sino que sólo ahora recordamos
Que bajo ese espesor vamos siempre desnudos

Esto hemos aprendido
De los volubles e incansables climas
Y sus sanos rigores

Arrojando aprensivos nuestro frágil calor
No es que hayamos matado la inmortal inclemencia
Nuestro desnudo que bajo sus corazas
Cierra los tiernos ojos defendiéndose
Hasta el final sigue siendo más suyo
Que de ese mismo abrigo que con razón le opone

Luchamos siempre así justificados
Con todo lo inmortal que ulula afuera
Y que el vivo deseo de nuestra vida misma
Sostendrá siempre en vida.

Otoñal

Otoño se ha estancado en su lujo friolento
 Dejándose llevar inmóvil por la hora
 Más y más lejos de nuestros rastreos
 Y poco a poco en la remota altura
 Se va cerrando para sí su sueño
 Dignamente intocado

Una vez más se queda triste y sola
 Dolorosa y sobrante
 La belleza del mundo

No aprenderemos nunca ese mínimo paso
 Para ponernos donde nos alcance
 Lo que ya estaba dado si nuestra violencia
 No se arrojara siempre buscando en otro sitio

Otra vez es lo que es más nuestro
 Lo que dejamos más a nuestra espalda
 Si un día más se ha retirado virgen
 La injusta soltería de esta belleza altiva
 No es porque no estuviera en nuestros brazos
 Es porque un día más erró el deseo.

Relente

En la hondura impecablemente helada
 Del cristalino invierno
 Cruza de pronto un rico olor punzante
 A humo de bosque
 Un aroma agarroso opaco serpentino
 Que no se deja abrir
 Ni cerrar
 Ni dejar nunca a un lado
 Que llena tenuemente el mundo
 Mas sin escapatoria
 De una mortal nostalgia innegociable
 Igual

igual ¡ay infijable vida!
 Que el relente de mí que desde siempre
 Ha vagado tan lejos y sin aceptar nunca
 Hacer de mí su casa.

Tiempo revuelto

Este airecillo revoltoso y frío
 De un gris tan sin tristeza
 Arrastra entre nosotros
 Sólo sus pies helados

Su pecho desenvuelto
 Su fluida cabellera esparcida sin fin
 Sus tersos ojos gozadores
 Se quedan allá arriba
 En la altura con nubes remotamente ebria
 Donde nunca se supo de estas bajas ciudades
 Que seguimos haciendo

En lo alto hay tan sólo tierra virgen
 Rasgamos un espacio que no urbaniza nadie
 Y nunca poblaremos una ciudad celeste

Pero aquí en nuestras calles
 Tocar los pies helados del viento inenjaulable
 Nos da un jovial escalofrío
 Unas ganas de risa trascendente
 Regocijados de esa inquietante vida
 Animososa y ajena
 Tan pertinaz al menos como la propia nuestra.

Figuras en el crepúsculo

La delicada tarde
 Gloriosamente ensimismada
 Limpíamente ignorante
 De todo esto que a sus pies pulula

Prodiga interminablemente
Su prodigio de ingravidas riquezas

Bajo ese gran fanal
Sin cesar matizado con delirio
Lá móvil multitud
Parece de repente congelarse
En una escena fija
De pequeñas figuras recortadas
Contra el deslumbramiento

No saben lo que reina a sus espaldas
Como tampoco esa belleza a solas
Sabe del hervidero que la habita

Pero más cegador aún
Que esa doble ceguera
Es el blanco misterio
Que la una a la otra las destina

Sé que no es para mí
Para quien este orden se trama inabordable
Pero tampoco oh luz de la palabra
Para nadie.

Tomás Segovia